♦♦♦

Sepelio al amanecer

María Eugenia Carrillo

♦♦♦

Desperté como todos los días con el canto del llanto de mi vecina. Ya se nos hizo costumbre, al gallo y a mí, desvirginar la luz del día casi al mismo tiempo.

Mi comadre tenía razón: ese animal guarda un espíritu de gente; pareciera dotado de una voz racional. Su kikirikí suena a humano.

Pasado el rito de mi despertador natural, me preparo un café y leo los periódicos. Estoy cansada de sólo encontrar muertes y muertes en sus páginas, pero la fuerza de la costumbre me vence siempre. Muertes estériles como la de mi ahijada. Entre noticia y noticia, los recuerdes que hieren el alma me apuñalan con nostalgia y con dudas. Sufro y lloro nos sólo por las tragedias propias, sino también por las de amigos y desconocidos. Se me vienen encima fechas, caras, episodios de terror. ¿Cómo olvidar la muerte de Francina? ¿Cómo vencer el miedo de caminar por la calle o de esgrimir, aunque sea en voz baja, un comentario sobre la situación? Bien le decía yo a mi comadre que en esta jaula en que nos mantienen, nuestras bocas parecieran tener toque de queda y estado de sitio a la vez.

Me duele recordar esa mañana. Yo acababa de oír por radio que el presidente de los Estados Unidos decía que en dos años más iban a llegar a la luna. Sonó el teléfono y la intuición me avisó que detrás del ring me esperaba una mala noticia. Al contestar, la voz que habló me heló la sangre: Mataron a Francina balbuceó mi comadre.

Como pude me vestí porque me temblaba el cuerpo entero y casi no podía respirar. Mientras me ponía la blusa se me vino a la mente, como película, la hermosa niña con su lindo faldón el día de su bautismo. La vi llorando en señal de protesta por el agua bendita que sin avisarle le vertió el sacerdote en su cabecita. Pero no lloraba nada más gritaba. Su rebeldía se perfilaba desde entonces.

Salí de mi casa aún haciendo recuerdos. El día que cumplió cinco años gozó con su enorme piñata mientras estuvo colgada en el patio. Después, ya con los invitados, no quería romperla ni que la tocaran. Gritó, lloró y pataleó para que dejan en paz a la piñata, pero igual la desplazaron. La niña no quiso más fiesta, se rehusó a abrir los regalos y a jugar con sus amiguitas. Se fue a encerrar a su cuarto y no hubo poder humano que la hiciera salir de allí. Días más tarde, con un tono de lógica ajeno a su edad, me lo dijo: no quería que mataran su piñata.

Luego fue en el colegio. Francina daba muchos problemas, no acataba las órdenes disciplinarias, en especial las que le parecían injustas. Además les hablaba a sus compañeras y las instaba a formar un grupo de defensa. "No somos conejos", les decía. "Tenemos derechos."

♦♦♦

La dejé de ver por un tiempo. Mi comadre la mandó a Estados Unidos y le perdió la pista varios años. Supimos de ella cuando el primo Alberto le dijo a mi comadre que Francina estaba en la montaña. La noticia nos cayó como agua fría sobre la espalda; me costaba imaginarla con boina y fusil. Desde ese día, aunque no se lo dije a nadie, yo esperaba la noticia de su muerte.

El día que la mataron, no sé cómo pude manejar. El tráfico estaba denso y yo apenas podía maniobrar la palanca y el timón. Llegue de milagro sin chocarme contra nada.

Abracé a mi comadre. Nunca tuve hijos y esa niña lo fue para mí. Por eso, cuando se trató de ir a buscar su cadáver, sin pensarlo dos veces me fui con ellos al oriente del país donde decían que estaba.

Alberto, mi comadre y yo, pegaditos en la cabina del picop, íbamos con rumbo desconocido a pueblos, aldeas y montañas tras el cuerpo de nuestra Francina.

Casi ni hablamos en el camino. Sólo los golpes que daba la caja contra la palangana se oían; era una caja de madera ocre, casi sin adornos.

Pero ni ese día, ni el otro ni el siguiente logramos encontrar rastros ni señas de la niña. Recorrimos todo el oriente. Nadie sabía ni quería saber acerca del trágico fin de mi ahijada. Mi comadre tan inconsolable como incansable, no claudicó: estaba resuelta a encontrar el cuerpo de su hija, aunque fuera eso lo último que hiciera en su vida.

Después de doce días yendo y viniendo por caminos de tierra, de piedra, de asfalto o de cabras, la caja ya se oía floja y maltrecha, pese a ir bien amarrada y tapada para que la gente no la viera, pues, en cualquier circunstancia, una caja de muerto asusta.

Pasamos casi dos semanas en aquel ir y venir sin encontrar o saber nada.

Desafortunadamente yo tenía que regresar a la ciudad para pagar planillas, así que decidí dejarles el picop para que pudieran movilizarse mejor, más rápido y llevar consigo la caja.

Pasé cuatro días sin saber de ellos. Al quinto, muy temprano me llamó mi comadre y me pidió que regresara. Es el último viaje, me dijo, porque ya sabemos donde está.

Los encontré demacrados y exhaustos; inmediatamente nos hicimos al camino. Antes de subir, vi que la caja no estaba ya atrás. No me atrevía preguntarles. Quise saber a dónde íbamos y cómo habían sabido del lugar. Alberto manejaba callado. Mi comadre empezó a contarme cómo lo habían descubierto.

Ayer llegamos a un rancho a pedir que nos vendieran un poco de comida. Una señora amable nos entró y se puso a tortear mientras recalentaba la olla del caldo y hervía café. Sin duda, nos vio cara de hambre. Mientras comíamos empezó la campesina a hacernos las consabidas preguntas de dónde vienen, adónde van, que andaban buscando, a lo mejor yo los ayudo, si quieren comprar terreno o semovientes y esas cosas.

No le hablé de las vueltas, sólo pude decirle que buscábamos a un pariente. Al oír eso la campesina empezó a darnos consejos. No suban a nadie que les pida jalón, ni pagando, porque por aquí no sólo anda la guerrilla, también el ejército con los soldados y encima los maleantes, que yo creo que son lo mismo porque se ayudan. Vieran las matazones que hay por aquí. No hace muchito mataron como a cuatro; ese día hacía mucho calor y estábamos entre el rancho. Pudimos verlo todo porque eran como las once de la mañana cuando empezaron los tiros, mero aquí enfrente; nosotros muertos del miedo nos escondimos detrás de las tablas y los sacos de maíz, lo vimos todo. Era una muchacha joven y rubia, así como usted señora, como de su color, el nombre se me quedó porque me gustó y así quiero que le pongan a mi nieta cuando nazca. Fíjense que un hombre, su marido digo yo, cuando los tiros le gritó, escápate Francina, ahí oí el nombre, verdá que es bonito, pues el marido le gritaba que se escapara, escápate le decía, acórdate de que estás embarazada, andate y cuida de nuestro hijo, te quiero, andate. Así le gritaba el hombre.

Alberto la interrumpió para contarme que mi comadre se puso pálida, que él creyó que se iba a caer desmayada, pero se llenó de aplomo y le preguntó a la señora si se había ido la muchacha. Creo, me dijo Alberto, que mi tía tuvo la esperanza de encontrarla viva, pero la señora del rancho la hizo volver a la realidad.

Que va, la muchacha también estaba armada y le gritó que ella con él se moría, los tres le dijo, los tres nos vamos juntos. Manejaba la ametralladora, mire que valiente la patoja porque bien joven

♦♦♦

que era, joven y bonita así como usted.

Nosotros los vimos y oímos todo porque fue aquí mero enfrentito del rancho. Los soldados no los mataron a ellos aquí, vivos los querían porque así les decía el mandamás; los mataron en otro lado, aquí sólo los golpearon porque los agarraron por detrás y vivos se los llevaron. Ella pobrecita les decía, mátenme pero no me golpeen porque estoy embarazada, y los soldados le pegaban y le decían horrores riéndose y escupiéndola, hubiera sido mejor que les pegaran un tiro, de todos modos no hablaron, sólo gritaban y gritaban que se querían.

No se como pudo aguantar mi pobre comadre. Alberto creyó que se iba a desmayar. Pero ella necesitaba saber dónde los habían enterrado, porque ahora eran dos y medio a quienes tenían que sepultar.

Saqué fuerzas no sé de dónde comadre, y le pregunté a la campesina, aparentando calma, a dónde se habían ido los soldados con ellos.

Se los llevaron a un terreno mero en frente del rancho de mi primo; él nos contó que los habían torturado como hacen siempre. A ellos los quemaron vivos, hasta sentía el olor a carne quemada, allí mismito los medio enterraron; mi primo dijo que se oían primero los gritos y después un ay quedito.

Mi tía se desmayó al oír eso, dijo Alberto. Ya no aguanté más comadre. Todo me dio vueltas, solo sentí un zumbido fuerte que me estallaba en la cabeza. Mi Francina estaba embarazada y fue tratada peor que un animal.

Cuando la campesina supo que yo era la madre de la muchacha rubia, empezó su tragedia. Temblorosa y llorando a mares nos pedía que le dijéramos nada a nadie, nos matan señora, nos matan, se lo ruego, júreme ante la imagen de Jesusito que no se lo dirán a nadie, tengo mis hijos y mis nietos.

Me conmovió ver a aquella pobre y buena mujer llena de terror, hincada frente a mí con los ojos suplicantes de silencio. La tranquilicé tomándola de las manos y le juré que nadie jamás sabría que ella me había indicado el lugar donde estaba Francina. Ella se conmovió mucho y mandó a su hijo mayor a que nos hiciera una cajita de pino para traernos los restos de Francina y su familia.

Después de eso, pasaron varios meses. Para entonces el cáncer se estaba comiendo a mi pobre comadre. Creo que guardarse esa infamia en el alma con la boca cerrada por las amenazas fue lo que la mató.

Antes de morir, tal vez la última vez que habló en sus cabales, ella me pidió algo que hoy pienso cumplir: mi comadre quería que una mañana cuando el gallo del vecino cantara, yo echara al viento las cenizas de esa cajita y que al fondo sólo se oyera el kikirikí del animal y los ruidos del sol cuando con sus rayos desflora al día de su virginidad nocturna. Aquella cajita que finalmente usamos, pues no hubo necesidad de los dos féretros gigantes de madera ocre.

En esa cajita de pino, los dos cuerpos y medio de mi ahijada, su hijo y su marido, cupieron perfectamente. Ahora que veo el polvo volando por el aire de esta mañana vuelvo a recordar la tarde del bautismo de Francina, la defensa de la piñata de sus cinco años y su expresión entre aniñada e indómita que siempre la distinguió. El gallo está cantando más de la cuenta hoy y no hay modo de que pare de anunciar el amanecer. Tenía razón mi comadre, ese animal parece gente. ♦



♦♦♦

